

Crónica

Política, sociedad y cultura

EDICIÓN
SEMANAL
Nº 054

Arequipa,
12 de abril de 2026

*Una radiografía del transfuguismo
electoral rumbo al Congreso bicameral.
(Pág.03)*

**Artemis II
demoró
10 días**

(Págs. 04 y 05)

**Nacimiento
que no se
guarda nunca**

(Pág. 06)

**Hoy eligen 190 autoridades
entre 8 303 candidatos**

Un bebé en estado crítico, una decisión judicial urgente y una transfusión de sangre autorizada contra la voluntad de sus padres. El episodio ocurrido en Arequipa no es solo un caso médico ni un conflicto legal. Es la expresión más cruda de una tensión antigua: ¿hasta dónde llega la libertad religiosa cuando entra en conflicto con la ciencia y la vida?

La escena es conocida. Un recién nacido con diagnóstico grave, sometido a ventilación mecánica, con infección generalizada y anemia severa. La medicina tiene una respuesta clara: transfundir sangre puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte. La fe de sus padres, en cambio, establece un límite infranqueable. No por desconfianza en la ciencia, sino por convicción espiritual.

En el centro de esta controversia está la idea de que la sangre no es solo un componente biológico, sino un símbolo sagrado. Para grupos como los Testigos de Jehová, representa la vida otorgada por Dios y, por tanto, no puede ser introducida en el cuerpo bajo ninguna circunstancia.

No se trata de una negativa irracional. Es una lectura literal y coherente de textos bíblicos que, para sus creyentes, tienen un peso absoluto.

Aquí aparece la primera incomodidad del debate. Desde la medicina, la negativa puede parecer incomprensible. Desde la fe, aceptar la transfusión puede ser una traición espiritual. No es un desacuerdo técnico, es un choque de principios.

La medicina moderna se sostiene sobre la evidencia, la probabilidad y la urgencia. Un médico no discute si una transfusión es moralmente válida; evalúa si es necesaria. En casos de anemia severa o shock séptico, como el ocurrido en Arequipa, la respuesta es inmediata. No hacerlo implica un riesgo alto de muerte. En ese terreno, la ciencia no duda.

Pero la sociedad no está hecha solo de ciencia. También está hecha de creencias, valores y libertades. El derecho a la libertad religiosa es uno de los pilares de cualquier democracia. Permite que cada persona decida sobre su cuerpo y su vida de acuerdo con su conciencia. El problema surge cuando esa decisión no afecta solo a quien cree, sino a un tercero que no puede decidir.

Ese es el punto de quiebre. En el caso de un adulto, la decisión de rechazar una transfusión puede ser respetada, incluso si implica un desenlace fatal. Es una elección personal. En el caso de un niño, la ecuación cambia. El menor no tiene voz, no tiene creencia propia, no ha elegido esa fe. Ahí, el Estado interviene.



Cuando la fe decide sobre la sangre

La resolución judicial en Arequipa lo deja claro: la libertad religiosa no es absoluta cuando colisiona con el derecho a la vida, especialmente en menores. Es una afirmación contundente, pero también incómoda. Porque implica que, en determinadas circunstancias, el Estado puede imponerse sobre la fe.

Esa intervención no está exenta de cuestionamientos. Para algunos, es una protección necesaria. Para otros, es una intromisión en el ámbito más íntimo de la persona: sus creencias. El dilema no es fácil. Si el Estado no actúa, puede permitir la muerte evitable de un niño. Si actúa, puede vulnerar la libertad religiosa de una familia.

En medio de esa tensión, la medicina ha buscado caminos intermedios. En las últimas décadas se han desarrollado técnicas de “medicina sin sangre”, impulsadas en parte por la demanda de estos pacientes. No resuelven todos los casos, pero muestran que el conflicto no siempre es binario. A veces hay espacio para negociar entre la fe y la ciencia.

Aun así, hay situaciones límite. Casos donde no hay alternativa. Donde la decisión es inmediata. Donde la sangre no es un símbolo, sino una necesidad.

Lo ocurrido en Arequipa expone ese límite. No es un caso aislado. Es un espejo de un debate más amplio que atraviesa hospitales,

tribunales y comunidades religiosas en todo el mundo. La pregunta de fondo sigue abierta: ¿quién decide cuando la fe y la vida no coinciden?

Tal vez no haya una respuesta definitiva. Lo que sí queda claro es que el conflicto no desaparecerá. Mientras existan creencias profundas y avances médicos capaces de desafiar esas creencias, la tensión persistirá.

En ese cruce, la sociedad tendrá que seguir trazando una línea. Una línea siempre imperfecta, siempre discutible, entre el respeto a la fe y la obligación de proteger la vida.

Por Rocío Velazco C.

Hoy se desarrollan las Elecciones Generales del 12 de abril, una constante vuelve a instalarse en el debate político nacional: el transfuguismo electoral. En un escenario donde 8 303 candidatos compiten por los 190 escaños del nuevo Congreso bicameral, los datos revelan que cambiar de partido no es la excepción, sino una práctica extendida. Detrás de los discursos de renovación y cambio, una parte significativa de los postulantes carga con un historial de múltiples afiliaciones políticas.

Según el análisis del portal Infogob del Jurado Nacional de Elecciones, 2 024 candidatos —es decir, uno de cada cuatro— han postulado anteriormente con una agrupación distinta a la que hoy representan. Este fenómeno, lejos de ser marginal, refleja la fragilidad del sistema de partidos en el Perú y la persistente lógica personalista que domina la política nacional.

El llamado “cambio de camiseta” se ha convertido en una estrategia recurrente para mantener vigencia electoral. Los candidatos migran de una organización a otra en función de las oportunidades que estas ofrecen, ya sea por la posibilidad de acceder a una candidatura o por el posicionamiento del partido en determinado momento. En muchos casos, la identidad ideológica queda relegada a un segundo plano.

Los partidos que concentran el mayor porcentaje de postulantes con antecedentes en otras agrupaciones son Alianza para el Progreso (APP), Podemos Perú y Renovación Popular. En estas organizaciones, el 43% de sus candidatos ha participado previamente en procesos electorales con una camiseta distinta. Apenas por debajo se ubican Perú Primero y Fuerza Popular, lo que evidencia que el fenómeno atraviesa a diversas tiendas políticas, sin distinción de tendencias.

El análisis también permite identificar a los casos más representativos de este comportamiento. Encabezando la lista se



- -No hay partidos sólidos → hay vehículos electorales temporales
- - No hay militancia fuerte → hay candidaturas personalistas
- - No hay sanción política → el transfuguismo se normaliza

encuentran candidatos que han pasado por hasta nueve partidos políticos a lo largo de su trayectoria. Entre ellos figuran Alex Gonzales Castillo y Luis Bernardo Guerrero Figueroa, seguidos por otros aspirantes que acumulan ocho afiliaciones distintas. Estas cifras no solo llaman la atención por su magnitud, sino porque reflejan una carrera política basada en la adaptabilidad más que en la coherencia.

En paralelo, el ranking de partidos con mayor número de candidatos “camaleónicos” sitúa nuevamente a APP y Podemos Perú en

el primer lugar, con 106 postulantes cada uno que han tenido militancia previa en otras organizaciones. Les siguen Renovación Popular con 98, Perú Primero con 96 y Fuerza Popular con 91. Este panorama sugiere que varias agrupaciones han optado por priorizar la captación de candidatos con experiencia electoral, incluso si ello implica incorporar perfiles con trayectorias políticas fluctuantes.

Sin embargo, no todas las organizaciones replican este patrón. En el extremo opuesto

se encuentra el Frente Popular Agrícola del Perú (FREPA), donde solo el 4% de sus candidatos ha postulado anteriormente por otro partido. Otras agrupaciones con bajos niveles de transfuguismo son SíCrea (8%), Un Camino Diferente (9%) y Ciudadanos por el Perú (9%). En estos casos, la apuesta parece centrarse en cuadros más orgánicos o con menor recorrido político previo.

Especialistas en ciencia política coinciden en que el transfuguismo es una manifestación directa de la debilidad institucional de los partidos en el Perú. La ausencia de estructuras sólidas, la falta de mecanismos internos de formación política y la escasa fidelidad partidaria facilitan que los candidatos se desplacen con relativa facilidad entre distintas organizaciones. A ello se suma un sistema electoral que no penaliza este comportamiento, lo que termina incentivándolo.

El problema no es solo de forma, sino también de fondo. La constante rotación de candidatos entre partidos dificulta la construcción de propuestas programáticas coherentes y debilita la representación política. Para el elector, resulta cada vez más complejo identificar qué defiende realmente un candidato, más allá de la agrupación que circunstancialmente lo acoge.

En regiones como Arequipa, donde el voto suele estar influenciado tanto por liderazgos locales como por coyunturas nacionales, este fenómeno también se hace visible. Candidatos que en elecciones pasadas defendieron posturas distintas hoy se presentan bajo nuevas banderas, apelando a un electorado que, en muchos casos, no siempre tiene acceso a su historial político completo.

La transparencia de plataformas como Infogob permite, sin embargo, que los ciudadanos puedan rastrear estas trayectorias y tomar decisiones más informadas. En un contexto electoral marcado por la fragmentación y la desconfianza, contar con esta información resulta clave para fortalecer la calidad del voto.

Hoy 12 de abril, el transfuguismo se posiciona como uno de los grandes temas de fondo en la elección del nuevo Congreso bicameral. Más allá de los nombres y las listas, el reto para el sistema político peruano sigue siendo el mismo: construir partidos sólidos, con identidad y coherencia, capaces de sostener proyectos a largo plazo.

Mientras tanto, las “camisetas políticas” continúan cambiando de dueño. Y con ellas, también se redefine —elección tras elección— el mapa de una política que aún busca consolidar sus bases.

Son 8 303 candidatos que postulan a 190 escaños

Durante diez días, cuatro astronautas orbitaron nuestro satélite natural sin alunizar. La cápsula completó un viaje de más de 1,13 millones de kilómetros, alcanzó velocidades cercanas a los 40.000 km/h y regresó con precisión casi quirúrgica al océano Pacífico. A primera vista, la hazaña recuerda inevitablemente a las misiones del programa Apolo. Pero bajo esa aparente continuidad histórica, hay una diferencia crucial: esta vez, el desafío no era solo llegar, sino demostrar que aún somos capaces de hacerlo.

Cuando el administrador asociado de la NASA, Amit Kshatriya, tomó la palabra tras el amerizaje, no habló primero de los astronautas. Habló de los equipos en tierra. Ingenieros, técnicos, controladores de vuelo, especialistas en recuperación. En otras palabras, habló de la infraestructura humana que hace posible la exploración espacial.

“Esta noche pertenece al equipo que construyó la máquina”, dijo.

Ese gesto no es menor. Durante décadas, el relato de la conquista espacial ha estado centrado en los tripulantes. Pero Artemis II cambia el foco: el verdadero experimento no fue solo enviar humanos a la órbita lunar, sino comprobar si la Tierra —sus sistemas, su industria, su ciencia— aún está preparada para sostener ese tipo de misiones.

Porque si el programa Apolo fue una carrera impulsada por la urgencia geopolítica, Artemis es un proyecto que debe sobrevivir en un mundo más complejo, con múltiples actores, restricciones presupuestarias y expectativas científicas mucho más ambiciosas.

UN REGRESO QUE NO ES NOSTALGIA

La última vez que humanos viajaron a las cercanías de la Luna fue en 1972. Desde entonces, la exploración espacial tripulada se concentró en órbitas bajas, como la Estación Espacial Internacional. El salto de regreso al espacio profundo no es simplemente un homenaje al pasado, sino

Artemis II: un viaje de más de 1,13 millones de kilómetros a la luna

El éxito de la misión Artemis II no solo marca el regreso de astronautas a las inmediaciones de la Luna después de más de medio siglo. También revela una historia menos visible, pero más decisiva: la de una humanidad que, antes de conquistar nuevamente el espacio profundo, tuvo que reconstruir su capacidad de hacerlo desde la Tierra.

un cambio de escala.

La misión Artemis II no aterrizó. Y esa decisión, lejos de ser una limitación, fue estratégica. Antes de intentar posar nuevamente a un ser humano sobre la superficie lunar, era necesario validar cada componente del sistema: la nave Orión, el cohete, las trayectorias, la reentrada, los protocolos de recuperación.

En ese sentido, Artemis II funcionó como un ensayo general de alta precisión. Un ensayo en el que cualquier error podría comprometer años de trabajo y miles de millones de dólares.

Uno de los aspectos más relevantes de la misión fue la recopilación de datos técnicos. El escudo térmico de la cápsula —clave para soportar temperaturas extremas durante la reentrada— ya está siendo analizado por especialistas. También se detectó una fuga en el sistema de control de presión, un detalle que, aunque no puso



en riesgo la misión, será investigado con minuciosidad.

Estos elementos revelan una verdad fundamental: el éxito en el espacio no se mide solo por lo que funciona, sino por la capacidad de identificar lo que puede fallar.

El director de vuelo, Rick Henfling, destacó que el apagón de comunicaciones durante la reentrada —provocado por el plasma que rodea a la nave— se mantuvo dentro de los parámetros previstos. Este fenómeno, conocido desde la era Apolo, sigue siendo uno de los momentos más

críticos de cualquier misión tripulada.

La diferencia es que hoy, cada segundo de ese silencio está respaldado por décadas de modelamiento, simulación y análisis de datos.

TRIPULACIÓN PARA UNA NUEVA ERA

A bordo de Artemis II viajaron Reid Wiseman, Victor Glover, Christina Koch y Jeremy Hansen. Sus perfiles reflejan otro cambio significativo respecto al pasado: la exploración espacial ya no es un proyecto exclusivamente nacional.

La presencia de Hansen, astronauta canadiense, simboliza la dimensión internacional del programa Artemis. A diferencia de la Guerra Fría, donde la competencia definía la exploración, hoy la cooperación es una condición necesaria.

Sin embargo, esta apertura también introduce nuevas complejidades. Coordinar agencias, tecnologías y objetivos entre distintos países implica un nivel de integración sin precedentes. Artemis II es, en ese sentido, tanto una misión espacial como un experimento diplomático.

MÁS ALLÁ DE LA LUNA

Aunque el objetivo inmediato es regresar a la superficie lunar, el horizonte real del programa Artemis es Marte. La Luna funciona como un laboratorio intermedio: un lugar donde probar tecnologías, estudiar la permanencia humana en entornos hostiles y desarrollar sistemas de soporte vital de larga duración.

Por eso, cada dato recogido en Artemis II tiene un valor que trasciende esta misión. No se trata solo de repetir lo que ya se hizo en el siglo XX, sino de construir las bases para lo que vendrá en el XXI.

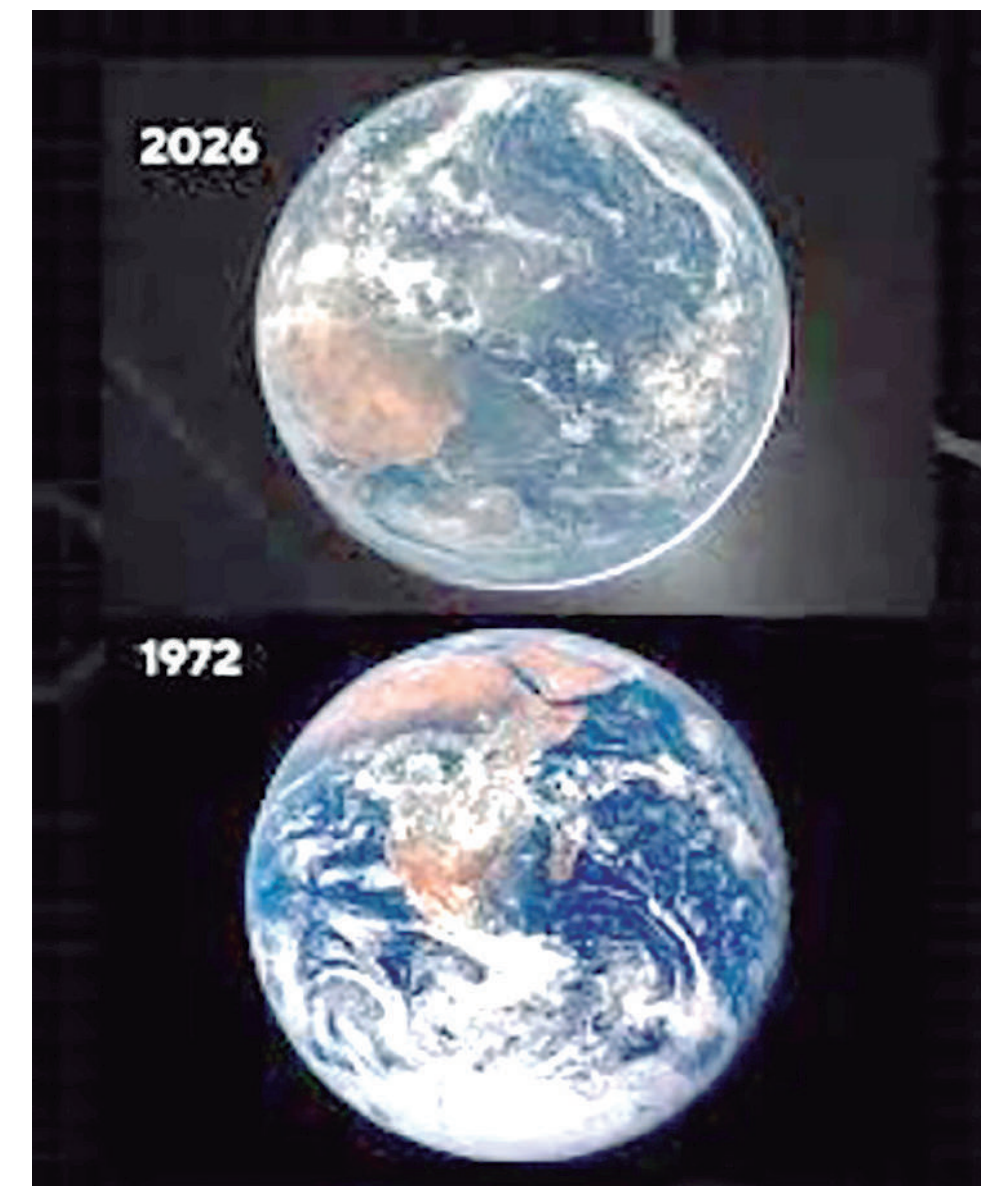
Lori Glaze, responsable del programa, lo resumió con claridad: “Esta es la primera de muchas”. Una frase que, más que optimismo, encierra una advertencia. Lo más difícil aún no ha comenzado.

DESAFÍO INVISIBLE

Quizás el mayor reto de Artemis no esté en la tecnología, sino en la continuidad. Mantener un programa de esta magnitud requiere estabilidad política, financiamiento sostenido y consenso social. Tres factores que, en el mundo actual, son cada vez más difíciles de garantizar.

El entusiasmo por el regreso a la Luna convive con tensiones presupuestarias, prioridades cambiantes y la irrupción de actores privados en la carrera espacial. Empresas como SpaceX han redefinido el ritmo y la lógica de la exploración, obligando a las agencias públicas a adaptarse.

En este nuevo ecosistema, el éxito de Artemis II también es una declaración de vigencia institucional. La NASA no



solo compite con otras naciones, sino con modelos distintos de hacer espacio.

EL SIGNIFICADO DE VOLVER
¿Qué significa realmente regresar a la Luna? No es una pregunta trivial. En un mundo enfrentado a crisis climáticas, desigualdades y conflictos, la exploración espacial podría parecer un lujo.

Sin embargo, la historia demuestra que estos avances generan impactos que trascienden su contexto inmediato: desde innovaciones tecnológicas hasta nuevas formas de cooperación internacional.

Artemis II no es solo una misión científica. Es una afirmación de capacidad. Una prueba de que, a pesar de las fracturas

del presente, la humanidad aún puede coordinar esfuerzos complejos, sostener proyectos de largo plazo y mirar más allá de su propia atmósfera.

Al cierre de la misión, el mensaje de los responsables de la NASA fue claro: el camino hacia la Luna sigue abierto, pero los desafíos serán mayores. La próxima etapa implicará riesgos más altos, decisiones más complejas y una exposición mayor a lo desconocido.

Si Apolo fue un salto audaz, Artemis es una reconstrucción paciente. No busca solo llegar, sino quedarse. No pretende una hazaña puntual, sino una presencia sostenida.

El nacimiento que no se guarda nunca

Por Jorge Turpo Rivas

En Arequipa hay un nacimiento que no conoce el calendario. No espera diciembre ni teme a enero. No se desmonta, no se embala, no se guarda en cajas con olor a naftalina. Permanece allí, a la intemperie, como si la Navidad fuera una estación perpetua que decidió quedarse a vivir en un óvalo pequeño, frente a la tribuna norte del estadio Melgar, en el óvalo Garcí Carvajal.

Las piezas están quietas, pero cuentan una historia en movimiento.

Nadie las cuida y, aun así, nadie se las lleva. A veces alguien se persigna al pasar, como quien saluda a un viejo conocido. Otros solo miran, con esa curiosidad que no se explica pero se siente.

El Niño Jesús no es uno, son varios. San José se repite como si dudara de su propia existencia. La Virgen María parece multiplicarse, y los Reyes Magos avanzan sin moverse, en una peregrinación detenida.

Todo empezó con lo que nadie quiso.

Cada Navidad, en los alrededores del estadio, brota una feria de figuras religiosas. Yeso, arcilla, pintura fresca. Pero también hay descartes. Dedos rotos, manos quebradas, rostros descascarados.

Piezas que no encontraron dueño porque no estaban perfectas. Alguien, nadie sabe quién, decidió no arrojarlas a la basura. Las dejó sobre las piedras del óvalo, como quien deja una segunda oportunidad. Así nació este nacimiento.

Primero fue un Niño Jesús. Luego otro. Después llegaron los Reyes, uno cojo, otro sin pintura. Más tarde apareció un ángel con una grieta en el ala. Así, sin planificación ni ceremonia, el pesebre se fue armando solo, como si la fe también pudiera reciclarse.

Alguien pintó un pingüino en una roca. Otro colocó unos loros de colores. El conjunto parece un error feliz, una mezcla de devoción y azar. Un pesebre intervenido por la calle, por el descuido, por la imaginación.

Una Navidad sin fecha es una forma de resistencia.

En las casas, el nacimiento dura lo que dura la ilusión. Se arma en diciembre, se desmonta en enero. Aquí no. Aquí el Niño no se va nunca. Aquí siempre es posible pedir un milagro, incluso en abril, incluso en julio, incluso en esos días en que nadie cree en nada.

Antonio cree. Cada mañana llega temprano a esta zona, como varios que esperan un trabajo temporal. Es uno de los tantos “mil oficios” que se agrupan en el óvalo, hombres que cargan herramientas invisibles y esperan que alguien los nombre.

Antonio se sienta frente al nacimiento, se persigna y murmura algo que no se escucha. Dice que hay varios niños Jesús, y que eso es mejor, porque así hay más oídos para escuchar sus pedidos.

Pide trabajo. Pide salud. Pide que el día no sea otro día vacío.

Rafael, a su lado, sonríe con una mezcla de fe y resignación. Dice que ojalá nadie se



robe las figuras. Luego se corrige solo. Nadie va a robarse algo roto, dice, pero igual uno nunca sabe. La inseguridad también tiene fe, pero en lo contrario.

Mario no habla de milagros. Habla de basura. Mira el óvalo y señala las botellas, las bolsas, los restos de una ciudad que se olvida de sí misma. Dice que ese lugar debería estar limpio, que, si ya hay un nacimiento, al menos debería haber respeto. No pide mucho, solo un poco de orden para ese caos que intenta parecer sagrado.

Porque este nacimiento también convive con la noche.

La zona carga una fama vieja, como esas historias que nadie quiere, pero todos repiten. Borrachos, sombras, miedo. Un territorio que es llamado Zona Roja y que todavía arrastra esa etiqueta como una mancha difícil de borrar.

En medio de eso, el Niño Jesús.

No uno, varios. Fracturados, desgastados, persistentes. Como si la fe no necesitara perfección, solo insistencia.

El óvalo se ha vuelto una especie de santuario involuntario. No tiene rejas ni horarios. No tiene guardianes. Tiene algo más extraño, una calma que no debería estar ahí. Como si la presencia de esas figuras, abandonadas y reunidas, hubiera trazado una frontera invisible contra el desorden.

Una bendición sin iglesia.

En una ciudad como Arequipa, donde la fe suele ser solemne y ordenada, este nacimiento es todo lo contrario. Es caótico, improvisado, imperfecto. Tal vez por eso es más honesto.

No fue comprado completo, no fue diseñado. Fue recogido, rescatado, armado con lo que sobró.

Como muchas vidas.

El nacimiento que no se guarda nunca no es solo un conjunto de figuras. Es una pregunta. ¿Qué se hace con lo que nadie quiere? Aquí, en este rincón de la ciudad, alguien decidió no desecharlo.

En ese gesto mínimo, casi invisible, construyó algo parecido a un milagro.

Uno que no ocurre en diciembre. Uno que, contra toda lógica, sigue ocurriendo todos los días.

CURIOSIDADES

*El Misti “vigila” la ciudad
El volcán Misti es uno de los pocos en el mundo tan cerca de una ciudad grande.
A pesar de estar activo, su monitoreo constante permite convivir con él con relativa seguridad.*

*Arequipa está hecha de lava
El sillar, material emblemático de la ciudad, proviene de ceniza volcánica solidificada.*

Gracias a esto, el centro histórico tiene ese característico color blanco que le da su identidad.

*Un monasterio como ciudad
El Monasterio de Santa Catalina es tan grande que parece una pequeña ciudad dentro de otra.*

Sus calles internas tienen nombres y colores que reflejan siglos de historia viva.

*Un puente con más de 400 años
El Puente Bolognesi es uno de los más antiguos de la ciudad.*

Ha resistido sismos, crecidas del río y sigue siendo parte del tránsito diario.

*La picantería es patrimonio cultural
Las picanterías arequipeñas no son solo restaurantes, son espacios tradicionales de encuentro social.*

Su cocina mantiene recetas que han pasado de generación en generación.

*6. Más de 300 días de sol al año
Arequipa es una de las ciudades con mayor radiación solar del Perú.*

Esto explica sus cielos despejados y su clima privilegiado durante casi todo el año.

7. El Cañón del Colca no es el más profundo

Aunque muchos lo creen, el Cañón del Colca no es el más profundo del mundo.

Sin embargo, sigue siendo uno de los destinos turísticos más impresionantes del país.

8. El vuelo del cóndor es un espectáculo diario

En el Colca es posible ver al cóndor andino volar a pocos metros.

Su envergadura puede superar los 3 metros, convirtiéndolo en una de las aves más grandes del mundo.

Mañanas de sol y sillar: el encanto de despertar en Arequipa

Cuando el sol empieza a iluminar el volcán Misti, la ciudad blanca se transforma en un espectáculo silencioso. Las fachadas de sillar brillan con una luz cálida que invita a salir temprano, a caminar sin prisa por el centro histórico y redescubrir su belleza.

El domingo es el mejor día para hacerlo. Las calles se sienten más amables, el tráfico baja el ritmo y

aparecen esos pequeños momentos que durante la semana pasan desapercibidos: una foto improvisada, un saludo en la plaza, el aroma del pan recién salido del horno.

Arequipa, en esos instantes, deja de ser solo una ciudad y se convierte en una experiencia. Una que recuerda que lo extraordinario muchas veces está en lo cotidiano.

Un paseo distinto, redescubrir el río Chili en domingo

El río Chili, muchas veces ignorado en la rutina diaria, cobra vida los domingos. Sus alrededores se convierten en espacios ideales para caminar, hacer deporte o simplemente sentarse a observar el paisaje.

A lo largo de sus tramos, familias, jóvenes y deportistas encuentran un lugar para desconectarse del estrés semanal. El sonido del agua y el aire fresco crean una atmósfera distinta, casi terapéutica.

Volver al Chili es, en el fondo, volver a lo esencial. A ese contacto con la naturaleza que, aunque siempre estuvo cerca, a veces olvidamos valorar.



Desayunos que reúnen: tradición y sabor en la mesa arequipeña

El domingo tiene sabor propio en Arequipa. Desde temprano, las familias se reúnen alrededor de la mesa para disfrutar de un desayuno que no solo alimenta, sino que conecta. Panes crocantes, queso fresco, jugos naturales y ese café que nunca falta.

En distritos tradicionales como Yanahuara o Cayma,

las picanterías y panaderías comienzan a llenarse de risas, conversaciones y ese ambiente cálido que solo se vive los fines de semana.

Más que una comida, el desayuno dominical es un ritual. Uno que reafirma la importancia de compartir, de detenerse y de disfrutar lo que realmente importa.



Sociales

PRINCIPALES EVENTOS
QUE ENGALANAN LA
BLANCA CIUDAD



CERRO COLORADO. EDWIN CASTRO Y JAIME HUERTA.



CHARACATO. CARLOS PORTILLA, OSCAR PORTILLA, GABY TEJADA DE PORTILLA, MAURO ALFREDO PORTILLA Y CARLOS PORTILLA EN REUNIÓN DE CARLOS PORTILLA ORTIZ.

MÉDICO CURU-
JANO. FELIZ LA
DRA. MIRIAN FER-
NÁNDEZ JUNTO
A SU HIJO MATEO
FERNÁNDEZ-DÁ-
VILA FERNÁNDEZ
EN SU INCOR-
PORACIÓN AL
COLEGIO MÉDICO
DEL PERÚ.



EN FAMILIA. JUAN CARLOS GONZÁLEZ, ELÍAS GONZÁLEZ Y JORGE GONZÁLEZ.



EJECUTIVOS. ERNESTO AGUAD, JOSÉ RODRÍGUEZ, CARLOS SACCA, GUSTAVO CAMINO Y MAURICIO PÉREZ WICHT.



JOCKEY CLUB
DE AREQUIPA.
FELICITACIONES
A DAVID NÚÑEZ
DEL PRADO ELEC-
TO PRESIDENTE,
JUNTO A MARIO
PAULET.



EMPRESAS. DANIELA ARELLANO, VÍCTOR RIVERO, SAMIR ABSI, AUGUSTO MARTÍNEZ Y PAOLA VERA.



EN PRESENTACIÓN CULTURAL. MILUZCA VERA, ESTER VILLAFUERTE, MARINA CATERIANO, ANA MARÍA MEDINA Y ANTONIETA TEJADA.